

Arancha Goyeneche en el Paisaje del Bois d'Amour.

MONICA ALVAREZ

«A su vuelta de Pont-Aven en octubre de 1888, Sérusier nos habló de Gauguin y nos enseñó, no sin algún misterio, la tapa de una caja de puros en la cual se podía adivinar un paisaje sin forma, sintéticamente expresado en violeta, bermellón, verde veronés y otros colores puros, tales como habían salido del tubo, sin casi mezcla de blanco. ¿Cómo se ve este árbol?, había preguntado Gauguin en el Bois d'Amour. ¿Es realmente verde? Entonces ponga verde, el verde más bonito de su paleta; ¿y esta sombra es un poco azul?. No tenga miedo de pintarla tan azul como sea posible».

Maurice Denis

Las sombras de la pintura de Arancha Goyeneche acostumbran a ser azules o verdes, rojas o grises. Su osadía e inventiva no teme proponernos una visión original sobre el paisaje en la que se produce una desmaterialización del tema frente a la importancia del color y la mirada.

Sospecho que el sentido de su obra es una revelación de los poderes expresivos inherentes en los elementos formales del diseño pictórico. A partir de sus composiciones, marcadas fundamentalmente por el uso de colores industriales, presentados en recortes de cintas de vinilo y de fotografías, la preferencia por la línea horizontal como línea de fuerza y una composición aparentemente caótica que encierra una ordenación rítmica, se desata una poética del paisaje que podría incardinarse con las reflexiones de aquellos pioneros del arte contemporáneo que, como Denis, quedaron fascinados con las posibilidades de un trabajo libre de retórica.

Pionero es el que investiga, conoce y domina un territorio. Arancha Goyeneche se ha instalado en el dominio de lo pictórico y, a diferencia de una gran parte del arte que hacen los artistas de su generación, su trabajo no es autorreferencial. Sus particulares visiones son paisajes externos en los que la objetivación de un entorno plástico, tecnológico, contemporáneo, se produce desde la asunción de la tradición pictórica moderna. Ignoro si esta artista aspira a ser una pintora científica, como se proclamaron los divisionistas. En cualquier caso, sus obras se instalan en nuestras retinas, y en nuestros cerebros, en el lugar destinado a recoger el placer visual.

La conocida reflexión de Maurice Denis sobre el sentido de la obra pictórica: «un cuadro –antes de ser un caballo de guerra, una mujer desnuda o alguna otra anécdota- es esencialmente una superficie cubierta con colores distribuidos según cierto orden», nos sitúa en una revisión-simplificación del trabajo pictórico que está en el origen de la modernidad. Goyeneche se declara específicamente pintora. Sus espacios de color no narrativo reverberan por la superposición de planos cromáticos, acumulaciones que destruyen la planitud de los tonos para propiciar un juego de visiones fragmentarias, una instantánea fugitiva en la que la forma se retira ante la fuerza compositiva de una original pincelada yuxtapuesta. Son los vinilos llenos de brillo e intensidad o los retales de sus fotografías los que componen imágenes que no diferencian fondos de figuras y que, aparentemente, no conceden importancia a la composición. Son acumulaciones de destellos de color-luz que desarrollan una teoría y una práctica de la mirada.

La cinta de vinilo aparece como un elemento estilístico apto a la expresión de la experiencia moderna. Su fijación en capas horizontales funciona con un referente corporal. El espectador occidental ha heredado una visión del paisaje que privilegia la panorámica, un fragmento de lo real en el que el cuerpo lleva a cabo un movimiento de rotación que intenta apropiarse de un escenario lo más grande posible. Las imágenes de Arancha Goyeneche pertenecen al ámbito del paisaje: bosques, jardines deliciosos o grandes urbes palimpsesto. En ocasiones, este

paisaje es únicamente una presencia aludida, una intuición plástica en la que se ha desprecia la cuestión de la mimesis y se manifiesta una correspondencia diferente entre forma natural y sentimiento artístico.

La obra de Arancha Goyeneche tiene, como el jazz, la capacidad de imponer un ritmo a partir de una errática sucesión de notas, en este caso cromáticas. No creo que los barridos de color de esta pintora se dispongan al azar, su control de la evolución de la obra sitúa algo que podríamos denominar el motivo en el centro o en las periferias de la imagen transformándose en poesía gracias a las ambigüedades visuales. Armonía, proporción, inteligencia, esas son las cualidades expresivas de la obra de Arancha Goyeneche.

Mónica Álvarez Careaga